

## 185. Dios ante la impiedad

El salmo segundo es uno de los cantos más bellos de la Biblia y nos infunde una gran esperanza a los seguidores de Jesucristo. ¡Hay que ver la actitud con que presenta a Dios frente a sus opositores! ¿Queremos una escenificación de ese salmo, tal como lo interpretó la Iglesia primitiva? (Hechos 4,23-31)

Los grandes de la tierra, los jefes de las naciones, los detentores del poder, los que tienen en su mano los resortes de la economía, los opresores del pueblo, todos los que de una manera u otra se oponen al avance del Reino de Dios traído por Jesucristo, son los protagonistas de una lucha sin sentido. ¿Van a poder contra Dios? ¿Será Jesucristo quien se rinda?...

Porque la proclama furibunda de todos éstos es como para aterrar a cualquiera: - *¡Venga! ¡A luchar contra Dios! ¡A romper las correas con que Jesucristo nos quiere sujetar!...*

Dios, entre tanto, allá en lo alto, sonriendo de la manera más irónica, se dirige a Jesucristo, su Hijo:

- *Hijo mío, vete, y encárgate tú de vindicar el honor de Dios. Te constituyo Rey sobre todas las naciones. Encárgate de darles su merecido.*

Así está hablando Dios. Pero, vencido siempre por su amor, antes de actuar de manera tan grave prefiere avisar oportunamente:

- *¿Por qué os empeñáis en actuar de una manera tan imprudente? Pensad en vuestro Dios, pues no vais a poder con Él. Servid a Jesucristo, constituido por mí Señor vuestro, y todo os irá bien. No os empeñéis en ser víctimas de mi furor.*

Y, ante la obstinación de tantos enemigos de Dios que no se rinden, el buen Dios piensa en las víctimas de tantos opresores, en nosotros, víctimas de tanta impiedad, de tanto egoísmo, de tanta opresión, y nos dice:

- *¡No temáis! Dichosos todos los que confiáis en mí. La palabra última la tengo yo.*

Esta fue la interpretación del salmo hecha por la Iglesia naciente.

La lucha contra Jesucristo y la Iglesia, llevada delante de una manera u otra, no cesa nunca, porque nunca la impiedad se podrá casar con el Evangelio.

Dios quiere la salvación de todos esos enemigos suyos, y Jesucristo derramó su sangre por esos sus perseguidores. Llegar a convertirlos, es el gran triunfo de Jesucristo. Pero, si ellos se empeñan en colocarse siempre en la oposición, se tendrán que atener a las consecuencias...

Entre tanto la Iglesia, nosotros, miramos con paz la situación en que muchas veces nos colocan los opositores del Evangelio. Nos mantenemos en la fe. No perdemos la esperanza. Vivimos en el amor. Con estas armas inofensivas en las manos, somos más fuertes que todos nuestros opresores. Como el Ghandi aquel de la India, no nos cruzamos de brazos pasivamente, pero actuamos sin violencia, sabiendo de quién será al fin la victoria.

Pensando en nuestra América, no miramos ahora a ninguna potencia extranjera, ni del Este ni del Oeste, que pudo haber sido la causa de nuestra opresión anterior. Pero vemos cómo en nuestros pueblos se va imponiendo la razón y se vislumbran días de paz. Salen actualmente a relucir los crímenes de todas las ideologías que se nos quisieron imponer, lo mismo los de la guerrilla marxista que los de la seguridad nacional...

Las víctimas inocentes —verdaderos mártires del pueblo— causadas por uno u otro sistema, se cuentan por muchos millares. Pero su sangre, unida a la de Jesucristo, está a estas horas fructificando de manera esperanzadora. La justicia por la que clama la Iglesia se impondrá un día u otro, porque en los cielos hay Uno que está velando los movimientos de los hombres...

A este propósito, y como una comparación, me viene en este momento a la memoria lo que narró una ilustre dama que pudo huir de Rusia en los principios del comunismo.

Un sacerdote anciano salió a celebrar la Misa sin casi poder tenerse en pie. A aquellas alturas de la revolución atea, sólo unas cuantas personas pudieron hacer acto de presencia en la iglesia. Detrás de ellas se colocaron unos guardias rojos, fusil en mano, esperando el momento oportuno. Y al alzar el sacerdote la Sagrada Hostia en la consagración, uno de ellos grita imperiosamente: *-¡Deja esa tontería sin sentido!*

El sacerdote, valiente, la sigue sosteniendo en alto. Hasta que un balazo se la hace soltar de las manos. La Hostia cae al suelo y sigue rodando hasta la última grada, donde permanece como una mancha blanca y brillante en la alfombra roja. El sacerdote se desploma también y una mancha roja aparece en su casulla blanca. Uno de los guardias da un puntapié brutal en el cuerpo del sacerdote moribundo, pisotea después con sus pesadas botas la Santa Hostia, y se vuelve a los pocos asistentes que miran aterrados:

*- Ya no hay Dios. Yo lo he matado (Baronesa Catalina de Hueck)*

¿Había muerto Dios, efectivamente, en aquel lejano 1917?... Después de más de setenta años de comunismo oficialmente ateo, la Rusia moderna dice todo lo contrario: Dios sigue vivo, y muy vivo, aunque lo hubiera matado aquel soldado criminal y sacrílego.

En este Dios confiamos nosotros. Y por eso seguimos trabajando con ilusión por el Reino.

Confiamos a pesar de la opresión social a que están sometidos grandes sectores de nuestros pueblos, cada vez más pobres cuanto más crece la riqueza de unos cuantos privilegiados.

Confiamos a pesar de que para conseguir sus fines, muchos se empeñan en arrancar la fe católica de nuestras gentes.

Dios sigue sonriendo irónico y compasivo a los unos, mientras que a los otros nos sigue diciendo: *Contra mí y contra mi Cristo, no van a poder*. Estamos seguros, desde luego. Porque dos mil años de experiencia son bastantes años...